

¡Venceremos! Luchas obreras y poderes populares en el Chile de Allende

Franck Gaudichaud

[Con ocasión del cuarenta aniversario del golpe de Estado, Franck Gaudichaud ha publicado en francés dos libros que permiten un nuevo enfoque de la historia de la Unidad Popular (UP), vista “desde abajo” y a partir de las luchas sociales y obreras, en particular de los Cordones Industriales: Chili 1970-1973. Mille jours qui ébranlèrent le monde (Presses Universitaires de Rennes) y ¡Venceremos! (Syllepse) que es una presentación de documentos del poder popular, ya publicados en castellano en un libro cuya lectura recomendamos vivamente: Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano 1970-1973. LOM Ediciones. Santiago de Chile 2004. 464 pp. Publicamos a continuación el texto que Franck ha escrito para la revista del NPA, TEAN 11 y la amplia cronología incluida en el libro].

A 40 años del golpe de Estado contrarrevolucionario conducido por el general Pinochet, para comprender los mil días tumultuosos de la Unidad Popular (UP) se sigue poniendo todavía por delante la figura de Allende, presidente mártir, la historia de las direcciones políticas, incluso la intervención imperialista. Las luchas, los sueños colectivos, los debates de aquellas y aquellos que “hicieron” y construyeron el movimiento revolucionario chileno –centenares de miles de asalariados, estudiantes, militantes- están ausentes por lo general en la historia oficial o hegemónica.

Mil días que estremecieron al mundo

Sin embargo, desde la elección de Allende (con el 36,6% de los votos), en 1970, las primeras realizaciones del programa de la UP solo fueron posibles gracias a una formidable movilización social. En este período hubo una intensa dinámica de participación colectiva, politización y radicalización anticapitalista de las clases populares: una dinámica que hizo tambalear todas las estructuras de dominación de este pequeño país del Cono Sur de once millones de habitantes. Desde sus orígenes, el proyecto de revolución legalista y gradual de Allende se encontraba impregnado de una gran tensión: era el pro-

1/ Este artículo utiliza extractos de: “Retour sur les leçons chiliennes”, *Contretemps*, París, Textuel, n° 10, 2004, pp. 166-178 y algunas ideas de los libros citados anteriormente.

ducto de una campaña popular muy amplia y llamaba a la creación de un nuevo “poder popular”; pero deseaba al mismo tiempo no cuestionar directamente a las instituciones chilenas, su Ejército o su transición por etapas. Esta apuesta estaba condenada al fracaso porque la izquierda parlamentaria solo controlaba el Gobierno y era minoritaria en el Congreso (las demás instituciones estaban ampliamente dominadas por la oposición), lo que obligaría a interminables negociaciones con la Democracia Cristiana.

Paralelamente, el Gobierno intentó poner en marcha un original sistema de cogestión y participación de los trabajadores en las empresas nacionalizadas, denominado “Área de Propiedad Social”. Pretendió hacerlo por medio de una estrecha colaboración con la principal confederación sindical, la poderosa Central Única de los Trabajadores (CUT). Esta participación estaba también pensada como un instrumento de la “batalla de la producción”. Pero el proyecto de nacionalización solo se dirigía inicialmente a una parte limitada de la economía, al sector moderno, y solo al 10% de los trabajadores industriales. Dejaba así sin perspectivas a la gran mayoría de asalariados de la pequeña y mediana industria, considerada “no estratégica”, y a ramas enteras de la industria. Por otra parte, la CUT conocía una integración progresiva en el Gobierno que generaba debates en su base obrera.

A comienzos de noviembre de 1972, se constituyó un Gobierno cívico-militar para intentar evitar una guerra civil: se encontraban codo con codo tres jefes de las Fuerzas Armadas junto a Rolando Calderón (Partido Socialista y secretario general de la CUT) en el Ministerio de Agricultura y Luis Figueroa (Partido Comunista y presidente de la CUT) en el Ministerio de Trabajo. En esa fecha, el Gobierno se encontraba crecientemente en una posición de árbitro del conflicto de clases, atrapado en un juego institucional que le era claramente hostil, y frente a una polarización social cada vez más profunda. Para comprender esta situación, hay que recordar la gran crisis de octubre de 1972, un mes antes.

Poderes populares constituyentes y Cordones Industriales

Heredera de una larga tradición de lucha, una parte del movimiento obrero iba a dar nacimiento a un movimiento de autoorganización, único por su amplitud en toda América Latina. Durante los enfrentamientos de octubre de 1972 y las grandes movilizaciones de 1973, las reivindicaciones económicas se articulaban con las demandas políticas de los obreros más radicales: esta conexión se tradujo sobre todo en la formación de los Cordones Industriales. Cuando en el “octubre rojo” de 1972, gran patronal, comerciantes, profesiones liberales se aprovecharon de la huelga de los camioneros (financiada a golpe de dólares por la CIA) para intentar paralizar la economía del país, un sector de la clase obrera ocupó masivamente las fábricas y algunos trabajadores llegaron a rebrirlas parcialmente, bajo su control. Lo mismo ocurrió en el campo de la distribución, donde una parte de la juventud militante apoyaba a los asalariados

“Heredera de una larga tradición de lucha, una parte del movimiento obrero iba a dar nacimiento a un movimiento de autoorganización, único por su amplitud en toda América Latina”

para avituallar los barrios populares y los mercados. Los Cordones Industriales se formaron en base a una coordinación territorial horizontal de varias decenas de fábricas, independientemente de su rama económica o de su pertenencia o no al sector privado. Después de haber sido, en la urgencia, dirigidas desde arriba por líderes sindicales y militantes del PS o del MIR, se pusieron en marcha asambleas de trabajadores en las empresas más combativas. El objetivo declarado era que las asambleas eligieran a dos o tres delegados, revocables en cualquier momento, para que votasen por sí mismos las decisiones en el seno de la asamblea de delegados del Cordón.

Rápidamente los asalariados del Cordón apuntaron contra los límites de la estrategia de la izquierda gubernamental. Estas formas de organización alternativas dieron un paso suplementario en el sentido de una unificación de su lucha, creando en julio de 1973 la Coordinación de los Cordones industriales de la provincia de Santiago. Como consecuencia del levantamiento militar del coronel Souper en junio de 1973, y tras la nueva huelga patronal de julio, estas formas de “poder popular constituyente” conocieron una notable extensión por todo el país. El término “poder popular”, reivindicado por una parte de la izquierda, se encarnó entonces como una realidad transitoria: las luchas desbordaron ampliamente el estricto marco de las instituciones y de la vía legal al socialismo, apareció la dualización de poderes, poniendo en cuestión la legitimidad del Estado y el derecho de la patronal a dirigir la economía.

En Santiago, el papel más importante lo tuvieron los Cordones Cerrillo y Vicuña Mackenna, junto a los Cordones O’Higgins, San Joaquín, Santa Rosa, Recoleta, Mapocho-Cordillera, Santiago Centro y Panamericana-Norte. Los Cordones concentraron en la capital a algunas decenas de miles de trabajadores, pero se encontraban también en el Norte y en el Sur: en Arica, en Concepción o incluso en Talcahuano y Punta Arenas. Estos militantes reclamaban la extensión de las nacionalizaciones, el control obrero, la organización de comités de defensa, la clausura del Congreso y una asamblea constituyente, la nacionalización bajo control popular de la distribución para impedir el mercado negro. Estas formas de lucha vinieron también facilitadas por la dinámica paralela del movimiento de “pobladores” (habitantes de los barrios pobres), organizado en zonas de la periferia urbana (las *poblaciones*). Sin embargo, los “Comandos Comunales” que según la izquierda revolucionaria y el MIR deberían agrupar a obreros, estudiantes y pobladores, no llegaron a desarrollarse, a falta de una conjunción estable entre estos diferentes actores sociales y de una perspectiva política común. Hubo un áspero debate entre militantes para saber si había que dar la prioridad a los Cordo-

nes obreros (voluntad del PS) o directamente a los Comandos (voluntad del MIR). Esta discusión parece haber sido sobre todo el reflejo de la implantación de cada partido. En efecto, muchos Cordones industriales estaban dominados por el ala izquierda de los socialistas, como Hernán Ortega (Cordón Cerrillos) o el sindicalista Armando Cruces (Cordón Vicuña Mackenna), mientras el MIR estaba arraigado sobre todo en sectores del semi-proletariado urbano. Los “miristas” llegaron a gestionar sin embargo, y de forma notable, barrios enteros, como Nueva La Habana, verdadero pueblo autogestionado, en el interior de Santiago.

Más allá de su diversidad y de sus límites, es innegable que estas iniciativas de poder popular no fueron espontáneas, sino el fruto de una acumulación de experiencias militantes, de luchas, de la construcción de una identidad popular: lo que el historiador E. P. Thompson denominaba una “*experiencia de clase*”. Esta gran oleada de autoorganización estuvo alimentada por los militantes del ala izquierda de la UP (sectores radicales del PS, izquierda cristiana), por el MIR y otros pequeños grupos de la izquierda revolucionaria. Acusándoles de “*paralelismo*”, tanto la dirección de la CUT como el PC intentaron en un primer momento impedir su constitución, rechazando toda “*creación de un poder alternativo al gobierno*” y calificándolos de “*izquierdistas*” e “*irresponsables*”. A lo que el MIR, dirigido por Miguel Enriquez, respondía con la voluntad de ver nacer un verdadero doble poder, rechazando “*mantener la subordinación de las masas a la democracia burguesa*” y a la estrategia reformista de Allende. En cuanto al PS, buscando una síntesis imposible, reconocía “*el desarrollo de un poder popular alternativo a las instituciones burguesas, aunque no al Gobierno*”...

La distancia entre Allende y el “poder popular” se acentuó a medida que se fue debilitando la política del gobierno, hasta quedar ensombrecido finalmente en la parálisis, el mercado negro y la hiperinflación. Desde enero de 1973, los Cordones Industriales se opusieron duramente al proyecto de retirada del ministro comunista Orlando Millas, que llamaba a devolver las fábricas ocupadas “no estratégicas”, con el fin de no aumentar más la carga del Gobierno cívico-militar y retomar las negociaciones parlamentarias con unos demócrata-cristianos cada vez más reaccionarios. En marzo, el Gobierno asentó en parte su legitimidad al obtener más del 43% de los votos en las elecciones legislativas. Pero durante todo el año 1973, las Fuerzas Armadas, muy lejos de ser una fuerza “constitucionalista” como lo proclamaba la UP, comenzaron su trabajo de represión. Aprovechándose de la ley votada en 1972 sobre el “control de armas”, los militares intervinieron en los bastiones obreros evaluando las resistencias que encontraban. Mientras los medios de comunicación (casi todos en manos de la oposición) clamaban contra la dictadura del proletariado, la CUT reiteró sus llamamientos a devolver una parte de las fábricas ocupadas. El 9 de agosto se formó un nuevo gabinete cívico-militar, en el que se encontraban tres generales y el comandante en jefe de la policía. Armando

Cruces, del Cordón Vicuña Mackenna, declaró entonces: “*igual que en octubre, los militares en el gobierno representan una garantía para los patronos y no para la clase obrera*”. Fue en vano: un mes más tarde llegó el golpe de Estado dirigido por un tal general Pinochet, nombrado por Allende como jefe del Estado Mayor, tras la dimisión del general Carlos Prats...

Algunas enseñanzas de la “batalla de Chile”

A modo de primer balance, es inevitable subrayar que, pese a la amplitud del fenómeno de dualidad de poderes, el poder popular no dejó de tener un carácter embrionario y transitorio. Las acciones se efectuaron básicamente de manera defensiva y mal planificada. Su coordinación quedó dirigida por algunos sindicalistas y no por una organización de masas surgida de asambleas de trabajadores organizados. Los Cordones Industriales no llegaron a encarnar un proyecto político alternativo al modelo reformista propuesto por el Gobierno, del que quedaron dependientes. Como contrapunto, la Unidad Popular no supo apoyarse en esta “*revolución por abajo*” que surgía por todas partes, e incluso contribuyó a frenarla. El MIR, salido de la clandestinidad apenas cuatro años antes, fue impotente para hacer cambiar esta opción, oscilando entre voluntarismo, verticalismo y la tentación de aliarse con el ala izquierda del PS.

Te prevenimos, camarada, con todo el respeto y la confianza que todavía te tenemos, que si no llevas a cabo el programa de la Unidad Popular, si no tienes confianza en las masas, perderás el único apoyo real que posees como persona y como gobernante, y serás responsable de llevar al país, no a la guerra civil, que ya está en pleno desarrollo, sino a una masacre fría, planificada, de la clase obrera más consciente y más organizada de América Latina.

Con estas palabras se dirigió la coordinación de Cordones Industriales de Santiago, el 5 de setiembre de 1973, al “*camarada-presidente*” Allende.

La *Batalla de Chile*, admirablemente filmada por Patricio Guzmán/², fue el epicentro de la lucha de clases en América Latina: ni la oligarquía local, ni el imperialismo estadounidense, permitieron que se desarrollase, sin reacción, esta experiencia revolucionaria, en plena guerra fría. La derrota estratégica de la “*vía chilena al socialismo*” significó entonces el aplastamiento del movimiento popular y el comienzo de una dictadura de 17 años, sinónimo de una represión feroz y de la transformación del país en laboratorio del capitalismo neoliberal.

Franck Gaudichaud es enseñante e investigador. Miembro de la Comisión América Latina del NPA. Forma parte de la redacción de *Rebelión*.

²/ P. Guzmán, *La Batalla de Chile*. http://www.patricioguzman.com/index.php?page=films_deti&fid=1_ [Éste excepcional documental tiene muy difícil acceso. Es más accesible, Salvador Allende, del mismo autor, interesante aunque de menor interés político y cinematográfico. Y siempre hay que recordar Calle Santa Fe de Carmen Castillo, un documento imprescindible para entender al MIR.]